

El disputado poder

Rocío Fernández de Ulibarri

Foto González, de La Nación



Carlos Fco. Echeverría y Mimi Prado: una ruptura generacional en el MC.J.D.

A un año de gobierno, acercarse a la figura de Carlos Francisco Echeverría implica una pregunta inevitable: ¿por qué si en su vida hay indicios de una vocación cultural que suscitó reconocimientos, una década después como Ministro de Cultura, Juventud y Deportes suscita fácilmente la reprobación y la crítica?

El argumento fundado en las tendencias de su carácter, además de subjetivo, no parece ser la explicación principal. Es más bien en la ausencia de relaciones con la vieja generación, la de los "padres fundadores" de la cultura como estructura de poder a la cual se aspira cada cuatro años, y la escasa experiencia del funcionario, donde se centran la mayoría de las interpretaciones.

La vieja generación no sólo tuvo una influencia decisiva en la vida cultural sino que fue un modelo de autoridad: Alberto Cañas, Carmen Naranjo, Guido Sáenz. El tránsito de un modelo de liderazgo patriarcal al estilo absolutista que se le recriminó a Marina Volio, condujo a cuatro años de enconados enfrentamientos y a períodos de indiferencia en las instituciones adscritas al ministerio. Del mesianismo y la imagen de intelectualidad sin fisuras se pasó al enfrentamiento con la autoridad. Nunca, el sector cultura estuvo tan cohesionado y asumió una posición tan contestataria entre corrillos como en el período 1978-1982. Y de ese lapso convulsionado se pasó a un período de indiferencia: la gestión de Hernán González. De la ruptura que generó un agudo examen de conciencia en el sector, no se pudo pasar a la transformación de este segmento institucional. Se sucedieron cuatro años tan estables que sobrevino la paralización, lo que muchos apuntan como la inanición en la orfandad. De ahí se alimentó poco a poco la propuesta de eliminar el Ministerio de Cultura y crear una estructura descentralizada, una especie de centro de las artes, que asigne recursos a entes culturales más competitivos en la sociedad, aún vigente.

El Eran muchas las expectativas para 1986-1990; manejar una política cultural que transformara una insitución sumida en el desprestigio y con graves problemas presupuestarios. Contrario a lo que ocurre con mucha dirigencia tecnócrata que alimenta desde hace varios años los gabinetes liberacionistas, una característica de las nuevas generaciones que relevan a las viejas figuras de 1948, Carlos Francisco Echeverría no salió del país a especializarse en rama alguna. Su expediente como funcionario se remonta a ser asistente ejecutivo de Guido Sáenz en el Ministerio de Cultura y burócrata en la entonces Oficina de Planificación Nacional. Su labor como director de Artes y Letras, editor de la revista Troquel, crítico de arte y autor de libros sobre la especialidad lo conectan con la cultura desde principios de la década pasada.

Pocos contemporáneos descalifican los conocimientos del titular. Pareciera que no se trata de fondo sino de forma, no de contenido sino de estilo, no de su saber sino de su hacer. Y en cuanto a la generación tradicional, sólo Guido Sáenz sigue fiel al pupilo que aprendió bien la lección y llegó a sustituirlo diez años después. Pero esta alianza no es suficiente puente para reparar la escisión generacional: los patriarcas siguen en una posición separatista desde que Oscar Arias anunciara a un ministro de 33 años en la cartera de Cultura.

El cambio generacional se percibe con una alta dosis de subjetivismo: Carlos Francisco Echeverría insulta por ser un ministro con tan corta edad y por su personalidad que se vierte en signos externos de prepotencia. Y se le adjunta la coletilla peyorativa de "joven dedicado a la publicidad" durante los últimos años.

Y este sentir se multiplica en un medio cultural de por sí propenso a la subjetividad y al encono que caracteriza a creadores y artistas.

Rastreando el pasado, el padrinazgo que Guido Sáenz ejerciera en la década pasada se vertió en contra de Echeverría, al crearle más obstáculos que simpatías y respeto. A la idea de "niño genio" se respondió con incompreensión en vez de admiración. Y a ello se suma que una vez ministro, el funcionario no logre establecer una comunicación que satisfaga las expectativas del medio. Su posición ante conflictos como la fallida compra de acuarelas de Francisco Zúñiga por parte del Banco Central en 1986 y la crisis de la Orquesta Sinfónica a principios de 1987, las exenciones a espectáculos de dudoso valor cultural y la acusación por parte del Ministerio Público de supuestas irregularidades cometidas por la directora del Centro de Cine, alimentan insistentes rumores imaginarios de una posible salida del gobierno con un cargo diplomático y erosionan su imagen, calificada el año pasado como una de las menos populares por parte de la prensa.

Mucho pareciera remitirse al origen de su nombramiento. Cuando la comisión de cultura trabajaba en la campaña política de Oscar Arias, Carlos Francisco Echeverría lo hacía en propaganda con Guido Fernández y Fernando Zumbado.

Carmen Naranjo, Samuel Rovinski y Guido Sáenz fueron tres figuras que en su momento se barajaron sin llegar a finales. El presidente tenía como principio el lema de la nueva generación y aunque Mimí Prado, actual vice-ministra, estuvo en la nómina, fue Echeverría el escogido con la recomendación de dos padrinos muy cercanos al mandatario: Fernando Zumbado y John Biehl. La sorpresa no se hizo esperar. Aún se recuerdan las declaraciones reprobadoras de Carmen Naranjo.

En condiciones tan adversas, el ministro lleva a costas el lastre de su corta edad y escasa experiencia como funcionario. Ha tratado de revitalizar los canales administrativos y poner en

marcha una descentralización que busca la eficiencia y la calidad pero en un año de gobierno resulta prematuro vaticinar sus éxitos. Entretanto, la falta de apoyo se multiplica como un eco que, paradójicamente, reproduce un popular programa dominical de radio con el simbólico nombre de *La Pa-tada*.

COLECCION REVISTA TEATRAL ESCENA



Publicación semestral con información de primera mano sobre el acontecer teatral nacional e internacional.

Solicite los números que le faltan: Teatro Universitario, Apdo. 92, Ciudad Universitaria, San Pedro Montes de Oca, COSTA RICA